

SILVIA MARSÓ

«Nunca me cansaré del teatro»



LAS cosas de la vida. Te crees que vas a conversar con lo que se ha dado en llamar esplendorosa señora, todo curvas y altura, incluso que necesitarás una escalera para poder hablar con ella. Pero va, la pobre, y, acuciada de tiempo, te recibe con el uniforme oficial de fregona que requiere el papel de Irma, el ángel que Jean Giraudoux creó para «La loca de Chaillot», obra que Silvia Marsó representa en el teatro Alcázar junto a Amparo Rivelles, entre otras figuras de postín, con José Luis Alonso de director.

Sucede, no obstante, que, en un momento dado, abre la boca y esa voz tan personal que tiene te hace olvidar si es esplendorosa, fregona o vampiresa dispuesta a sangrarte la yugular. Habla Silvia Marsó y da la impresión de que en un instante puede poner ese acento duro que Valeria Golino (su doble italiana) es capaz de hacer sonar entre Cruise y Hoffmann. Otrora, la endulza y parece que te va a soltar eso que Joanne Dru le decía a John Wayne en «Río Rojo» cuando se le iba

Montgomery Clift: «No me lleva con él y es como si me clavaran cuchillos en las rodillas.»

Pues de crear matices similares es capaz esta actriz, que se apunta a un bombardeo si tiene forma de seminarios dirigidos por buenos profesores: John Strasberg, Dina Roth, Arnold Taraborelly, etc... Cada uno ha aportado algo que le ha servido también para el actual personaje que representa: «Irma es una mujer maltratada por la vida, por los hombres y por todo el mundo y, a pesar de esto, mantiene una inocencia y fe en la gente que la hacen realmente ingenua. Es un papel precioso.» Un personaje que requiere un matiz especial en la voz y que Silvia consigue sin quedarse afónica gracias a las clases de dicción y a la preparación que ha mantenido desde hace diez años.

Tiene la barcelonesa —cinco años ya en Madrid— una especial predilección por el teatro, aunque le encanta el cine, si bien apenas ha tenido tiempo para intentarlo en la pantalla grande: «El teatro es mucho más difícil que el cine. Figúrate, cuatro horas diarias en las que todo depende de ti y en las que cada vez que interpretas es diferente, creando algo singular. El cine es muy bonito y está bien, pero no tiene que ver porque hay que contar con el director, los cámaras... Hay muchos más "intermediarios".»

Empero, no duda en asegurar que hará cine en cuanto tenga tiempo. Desde que llegó a Madrid no ha parado un momento. Está montando su vida en la capital y buscando tiempo para ver «Jesús de Montreal», «Splendor» (Ettore Scola, de quien es gran admiradora) y, sobre todo, «Historias de Nueva York», dentro de un gran compromiso que tiene con... ella misma.

Mientras tanto decora piso e interpreta clásicos en un teatro cuyos camerinos, llenos de bella decadencia, son dignos de las películas más genuinas de Fellini. Ha clavado fotos en la pared («La clase de fotos que le gustan a Irma»), ríe de continuo mientras agita su pelo ordenadamente alborotado: «¿Que si me canso del teatro? Eso es imposible. Nunca me cansaré del teatro. Si algún actor o actriz se cansa de él, es que no le gusta su profesión.»

José Manuel CUÉLLAR

